

LAS HAZAÑAS REVOLUCIONARIAS DE FRANCISCO MURGUÍA

LA HABILÍSIMA TRAMPA DE ROSARIO

LA ASTUCIA DE VILLA VALIÓ MÁS QUE LA VALENTÍA DEL GRAL. MURGUÍA EN ESTE CASO

Entrampado Murguía en Rosario, cuando creía que Villa huía por las sierras con unos cuantos hombres, el guerrillero lo atacó destrozándolo completamente

CAPÍTULO XI

Después de los triunfos logrados por las fuerzas del general Francisco Murguía en Jiménez y Terreros, el general Francisco Villa desapareció del estado de Chihuahua.

Durante los últimos días de enero y durante el mes de febrero (1916) el cuartel general carrancista establecido en la ciudad de Chihuahua, sólo tuvo conocimiento de la existencia de varios grupos villistas que recorrían la Sierra Madre Oriental, atreviéndose apenas a dar conocimiento de su existencia, cuando aparecían en pueblos de poca importancia.

Las partidas villistas se movían de un lugar a otro, rehusando siempre los encuentros con las fuerzas carrancistas, por lo cual el general Murguía había

La revolución constitucionalista

destacado varias columnas volantes que hacían varios recorridos buscando siempre las huellas del guerrillero.

De los informes que recibía con su sistema de espionaje, el general Murguía tenía conocimiento que el general Villa, al frente de veinte o treinta hombres, se movía inquietamente de un lugar a otro, si poder ya reunir contingente de importancia.

LOS PLANES DE VILLA

Sin embargo, los informes que recibía el general en jefe de los carrancistas estaban muy lejos de ser la verdad, ya que el general Francisco Villa, cuando se le creía al frente de unos cuantos hombres, estaba intentando realizar una de las más grandes y audaces empresas que se conozcan en la historia guerrera del país.

Villa, después de la derrota que había sufrido en Jiménez, se internó ciertamente en la sierra, y ya a salvo de la persecución de los carrancistas, llamó a sus principales lugartenientes, dándoles instrucciones para que, al frente de pequeños núcleos, hicieran creer al enemigo que el villismo estaba destrozado y que el mismo Villa era seguido solamente de unos cuantos hombres.

Y mientras Villa dictaba estas disposiciones con el objeto de hacer un engaño a los carrancistas para poder realizar los planes que había concebido, en los límites de Chihuahua y Durango, concentraba a su gente más fogueada y a sus más seguidos subalternos.

Villa pensó y ejecutó uno de sus más audaces planes: formar una columna de mil hombres, cruzar los estados de Durango, Zacatecas, Guanajuato, Querétaro y México, y caer inesperadamente sobre la Ciudad de México para capturar al presidente de la República, Venustiano Carranza.

UNA MARCHA SORPRENDENTE

El general Villa desapareció de Chihuahua a fines de enero de 1917 y poniéndose al frente de sus hombres, se internó en el estado de Durango, siguiendo Zacatecas y llegando casi hasta el centro de Guanajuato.

¡Sorprendente marcha que realizó Villa!

Había cruzado un territorio dominado completamente por el enemigo, sin que éste se diera cuenta de su paso.

La falta de cooperación de algunos jefes hizo que se frustraran los planes del guerrillero y desde Guanajuato se vio obligado a regresar a Chihuahua, sin que tampoco los carrancistas se dieran cuenta de ello, ya que hasta el general Murguía, que tenía un servicio de espionaje, durante las cuatro semanas que ocupó Villa en su viaje por territorio enemigo, no se dio cuenta de la hazaña.

Apenas de regreso en territorio chihuahuense y a pesar de que había caminado más de mil kilómetros, el guerrillero se presentó ante el enemigo al frente de dos o tres mil hombres, retador, amenazante.

Esto sucedía en los últimos días de febrero (1917) y el general Murguía apenas tuvo conocimiento de la reaparición del general Villa, sin sospechar que éste hubiese avanzado hasta el estado de Guanajuato, alistó violentamente a sus tropas en Chihuahua y salió en busca del guerrillero.

MANIOBRAS DE VILLA

Villa, que conocía la agresividad de Murguía, ordenó a su vez la inmediata concentración de todas sus guerrillas en las cercanías de Rosario, Durango, logrando reunir entre cinco y seis mil hombres.

Haciendo una hábil maniobra de engaño al enemigo, el general Villa hizo que la mitad de sus fuerzas quedaran emboscadas en la sierra frente a Rosario, mientras que él, para hacer creer a Murguía en una fácil victoria, se acantonó en Rosario con sólo tres mil hombres.

Aparentó Villa encontrarse sumamente débil y carente de pertrechos de guerra; permitió que los espías de los carrancistas trabajaran a sus anchas, e hizo creer a Murguía que si le retaba en Rosario se debía a que había elegido un magnífico terreno.

El general Murguía, alentado no sólo por los informes que recibía, sino también por los triunfos anteriores que había logrado sobre el guerrillero, abandonó la ciudad de Chihuahua, confiando en la victoria y con la seguridad de que Villa no se le escaparía de Rosario; y dispuesto a embotellar al guerrillero, movilizó a la mayor parte de su división.

Tan valiente, tan agresivo, tan enérgico y tan incansable como Villa era Murguía, solamente le faltaba un don para vencer a su contrario: la astucia.

La revolución constitucionalista

UNA PODEROSA COLUMNA

La columna que el general Murguía organizó en Chihuahua para marchar sobre las fuerzas del general Villa fue una de las mejores que tuvo bajo su mando directo el general carrancista. Murguía creyó que la presencia del guerrillero duranguense en Rosario era el momento más propicio para exterminarlo para siempre, y de ahí el cuidado que puso en el aprovisionamiento de armas, municiones y caballada para sus soldados. Tal era el deseo de Murguía de presentarse frente a Villa con lo mejor de sus tropas, que ordenó una requisa de los caballos de sus jefes subalternos para darlos a su escolta personal, que puso a las órdenes directas del general Juan Livas.

El 3 de marzo (1917), la tercera brigada de caballería a las órdenes del general Pablo González, la cuarta brigada bajo el mando del general Heliodoro Pérez, así como los regimientos a las órdenes de los generales Pedro Fabela, Santos Sánchez, Ernesto Aguirre y Bernabé González, y dos batallones de infantería al mando de los coroneles Enrique Navarro y Salustio Lima, estaban listos para la marcha en la estación de Chihuahua, habiéndose iniciado el embarque de tropas en la tarde de ese mismo día.

Por la noche, el general Murguía salió de Chihuahua al frente de sus tropas, que ocupaban varios convoyes, con dirección a Rosario

FRENTE A ROSARIO

Al día siguiente, en la tarde, el tren explorador de Murguía se encontraba a unos cuantos kilómetros de Rosario, donde los villistas se habían atrincherado. Murguía ordenó desde luego el desembarco de sus tropas y tomando todos los dispositivos de combate, la columna de avance –vanguardia, guardaflancos y retaguardia– se puso en movimiento sobre la plaza ocupada por Villa.

Por su parte, el general Villa, apenas avistó al enemigo, se retiró secretamente de Rosario hacia donde tenía concentrado el grueso de sus fuerzas para engañar así al general Murguía, y dejando al frente de la gente que permanecía en Rosario, al general Martín López.

El general López no tenía más que cumplir una orden de Villa: presentar combate haciendo creer a los carrancistas que en Rosario estaba todo el grueso de la columna villista, para atraer a Murguía a un terreno donde se daría

la batalla final. López realizó el engaño hábilmente: tomó la ofensiva sobre la columna de Murguía, y poniéndose al frente de su vanguardia, llevó a sus caballerías a estrellarlas en contra de las carrancistas.

Murguía esperó resueltamente, haciendo una defensa enérgica de su frente; pero a poco las caballerías villistas se extendieron por ambos flancos, tratando de arrollar la columna entera.

EL COMBATE

Conociendo el general Murguía las acostumbradas cargas de los villistas, extendió violentamente sus infanterías sobre la vía férrea y, sin temor al castigo del enemigo, esperó una carga tras de otra.

Cuando a la tercera carga los villistas se dieron cuenta de que no habían causado daño alguno en las filas carrancistas, empezaron a retroceder en desorden. El general Martín López, enérgico, tomó el mando de una de sus alas y volvió a cargar sin resultado alguno. Pero el movimiento de López, que le hizo descuidar el centro de sus fuerzas fue aprovechado rápidamente por el general Murguía, quien poniendo en movimiento a todas sus caballerías las hizo avanzar por el claro que había dejado el general villista.

Los generales Pérez y González, después de acabar con las caballerías que el general López había dejado abandonadas en su centro, cargaron a la derecha e izquierda impetuosamente, poniendo en desbandada a los villistas, quienes dejaron en el campo grandes elementos de guerra.

COMPLETO ENGAÑO

Villa, que había observado desde lejos las fases del combate, a pesar que tenía cuatro mil caballos de refresco, continuó a la expectativa, ya que aquel encuentro no era más que un capítulo de su bien meditado plan.

Pérez y González, después de derrotar a Martín López, persiguieron activamente a los dispersos hasta escuchar el clarín de órdenes del cuartel general que mandaba “cesar el fuego” y “reunión”.

Consumado el triunfo y creyendo todavía que había logrado castigar al grupo mandado personalmente por Villa, el general Murguía avanzó hasta

La revolución constitucionalista

Rosario, donde estableció su cuartel general. Tal era la confianza de Murguía en el triunfo obtenido, y tal era la seguridad que tenía de que acababa de hacer pedazos al núcleo principal de Villa, que ante la sorpresa de sus subalternos, esa noche no dispuso servicio de ninguna clase, ni siquiera los rondines de campamento.

Contagiando con su confianza a generales, jefes, oficiales y soldados, por la noche todos los hombres de la División de Murguía se entregaron tranquilamente al descanso.

VILLA EN ACCIÓN

En cambio, el general Villa, satisfecho de su astuto plan, por la noche se dedicó a organizar debidamente a sus fuerzas, moviéndolas de un lugar a otro de tal manera, que el campamento carrancista se encontraba sitiado en la madrugada del día 6.

Como a las seis de la mañana, cuando los jefes de la columna de Murguía, cumplimentando instrucciones de éste, se disponían a ordenar el toque de “levante” y “botasilla”, a fin de que los soldados recogieran sus caballos de donde estaban persogados para ensillar y emprender la marcha, se escuchó un disparo por uno de los flancos y tras de este disparo se vio avanzar a unos cuantos metros de distancia, a varios cientos de jinetes lanzando vivas al general Villa, y a cuyo frente marchaba Martín López.

Los villistas, sin dar pie a que los carrancistas se repusieran de la sorpresa, cargaron hasta dentro del campamento disparando sus pistolas 45 a quemarropa. La confusión en el campamento carrancista no tuvo límites, máxime que en estos momentos aparecían más caballerías villistas por los cuatro costados.

Revueltos carrancistas y villistas peleaban cuerpo a cuerpo. Murguía, convertido en un león, hacía esfuerzos supremos para organizar a su gente, logrando formar un cuadro con sus infanterías y deteniendo así un poco al enemigo, que continuaba furiosas cargas.

Sin embargo, el castigo de los villistas había sido tan duro e inesperado, que los mejores soldados carrancistas corrían en todas direcciones.

¿SÁLVESE EL QUE PUEDA?

Murguía comprendió que no tenía más remedio, para salvar a los pocos elementos que le restaban, que abrirse paso por entre las caballerías villistas, y logrando reunir a mil o dos mil hombres se lanzó sobre el punto más débil del enemigo.

El general Villa, que mandaba en jefe, al darse cuenta de los propósitos de Murguía, se arrojó fieramente sobre la pequeña columna; pero no le fue posible romper el cuadro de hierro que había formado el general carrancista, quien continuó avanzado en busca de una salida.

Villa, no contento con el fracaso de su primera tentativa para acabar con los últimos hombres de Murguía, volvió a la carga, tan fieramente, que logró envolver por completo a los batallones de los generales Enrique Navarro y Salustio Lima. Fue éste el momento en que para los carrancistas no quedaba más remedio que decir “sálvese el que pueda”.

Las columnas carrancistas quedaron dispersadas; soldados y caballos corrían por todas partes; los carrancistas que se habían salvado del desastre se dejaban caer a las barrancas, otros corrían por las lomas cercanas. Murguía mismo se puso a salvo gracias a las pezuñas de su caballo.

Si volver la cara al lugar donde habían sido despedazados, los carrancistas que se habían salvado, corriendo a lo largo de las barrancas, trataban de reconcentrarse sobre la vía férrea.

LOS CINTARAZOS DE CHICO CANO

En uno de esos grupos que trataban de buscar la salida de aquel sin fin de lomas y barrancas, iba el teniente coronel Ezequiel Martínez Ruiz, llevando en la grupa de su caballo al teniente coronel Evaristo Villarreal.

De pronto, Martínez Ruiz descubrió que en la falda de una loma estaba a caballo el general Murguía acompañado de un soldado. Murguía escrutaba el horizonte con sus prismáticos. Martínez Ruiz y sus compañeros resolvieron ir a unirse a Murguía, quien al sentir la proximidad de varios caballos volvió la cara, pero reconociendo a su gente, continuó caminando.

No había caminado el grupo de Murguía unos cincuenta pasos, cuando fue alcanzado por varios jinetes villistas a cuyo frente iba el general Chico Cano.

La revolución constitucionalista

—*Atrás, media vuelta, tales por cuales* –gritó Cano a los carrancistas.

Varios soldados del grupo carrancista se detuvieron, pero el general Murguía continuó tranquilo. Cano, convertido en un energúmeno, se lanzó sobre el general en jefe carrancista, a quien no reconoció, y gritándole: “Quihúbole pelado, que no oye que media vuelta, tal por cual”, desenvainó el sable, propinándole al general Murguía dos o tres cintarazos en la espalda.

Murguía no dijo ni una sola palabra. En esos momentos, en el fondo de la barranca al borde de la cual caminaba, acababa de descubrir a numerosos soldados de infantería carrancista, y haciendo un hábil movimiento lanzó a su caballo al barranco. Martínez Ruiz y sus demás compañeros que ya se consideraban perdidos, en manos de los villistas, siguieron el ejemplo de su general.

POR FIN, A SALVO

Los villistas, viendo desaparecer a quienes ya consideraban sus prisioneros, hicieron una y varias descargas sin resultado alguno.

El general Murguía, ya en el fondo de la barranca, organizó rápidamente su pequeña columna y después de tirotarse con la gente de Chico Cano, prosiguió la marcha, sin aparecer alterado.

Cuando la pequeña columna de Murguía se encontraba ya bien distante del sitio del desastre, el general en jefe ordenó un alto y después de hacer un recuento de los restos de su gente con la mirada y como descubriera sobre la sierra a muchos dispersos, ordenó la salida de varios oficiales para recogerlos y continuar la marcha con todo género de precauciones con dirección a Parral.

Poco antes de llegar a Parral, el general Murguía, que marchaba al frente con Martínez Ruiz y varios oficiales que habían presenciado los cintarazos que le había dado Chico Cano, hizo un alto, y dirigiéndose a sus subalternos les dijo con tono severo: “¡Que esto que han visto ustedes nadie llegue a saberlo; y mucho cuidado!”

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio Texas, domingo 24 de marzo de 1935, año xxii, núm. 40, pp. 1, 2 y 8.